

sentido hay en estas novelas un desengaño de la revolución. No hay una explícita crítica política, en esta mirada al pasado que no es tan perfecto, como irónicamente se titula uno de los volúmenes, a la manera de otros escritores cubanos como Lezama Lima, Cabrera Infante, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas, Zoé Valdés, Eliseo Alberto o Pedro Juan Gutiérrez. Hay pinceladas históricas al momento en que la burguesía cubana, al marcharse, «por miedo a la amenaza roja», abandonó sus riquezas y huyó a Puerto Rico, México, Estados Unidos y España, y a la guerra de Angola. Pero estas referencias sólo tienen el interés de mostrar un presente gris y turbio en el que se desarrolla una compleja red de relaciones personales entre personajes que reaparecen en esta crónica de unas vidas malgastadas: Josefina, el Flaco, el sargento Manuel Palacios, el Conejo, el mayor Rangel, etc.

La amargura que destilan estas novelas se expresa en una concepción de un mundo hecho añicos en el que no hay esperanza de cambio, lo que conduce al teniente a un deseo de abandonar el cuerpo de policía y dedicarse, realmente, a lo que siempre quiso: escribir para dejar constancia de unas vivencias que se «le revolvían como lombrices».

El espacio en el que todo transcurre es La Habana, una ciudad en la que el esplendor del pasado ha deja-

do paso a la suciedad, la desidia, la decrepitud, colas, libretas de alimentación, hambre, escasez de artículos de primera necesidad, para «convertirse en un sueño que nunca existió», o para ser un lugar «imaginado como un deseo». El protagonista, como muchos cubanos, necesita huir de este ámbito, pero la manera de hacerlo posible será a través de la escritura, sin moverse del lugar, porque está convencido de que sólo a través de la literatura mejorará su vida.

A lo largo de la lectura de estas dos novelas su autor confiesa la necesidad de «escualidez» de la literatura como una nota estilística fundamental, entendido este adjetivo como lo esencial, lo puro, lo preciso, lo definido y lo nítido.

Milagros Sánchez Arnosi

Aires de familia, Carlos Monsiváis, Anagrama, Barcelona, 2000, 254 pp.

Digámoslo desde el principio: el reto de comprimir en doscientas cincuenta páginas un recorrido plural por la cara de América Latina era algo en verdad difícil. Es tal el encuentro y al mismo tiempo el desencuentro entre países de la misma superficie en materia sociológica (no en balde, este libro nos recuerda la paradoja de que el concepto de América Latina como enti-

dad nace justamente con la desintegración en el siglo XIX de aquella primaria unidad *de facto* impuesta por España tres siglos atrás), que el proyecto conllevaba sus buenas dificultades. Pensemos, por ejemplo, en el Buenos Aires de Alvear o en las constantes mágicas de las regiones caribeñas. Añadamos que, en este sentido, Carlos Monsiváis (México, 1938) con la investigación que reseñamos, reciente Premio Anagrama de Ensayo, nos ofrece una visión compacta (quizá en exceso compacta, es cierto, pero esa era la cuestión, el desafío) y sale brillante de la prueba. Monsiváis es un autor avalado por, entre otros títulos previos, *Escenas de pudor y liviandad* o *Los rituales del caos*.

Aires de familia se estructura como una espiral constituyente. Abarca todo y de todo nos da cuenta: la historia, el cine, la música, la literatura, el acoso crónico del gigante del Norte sobre la zona, el comportamiento demográfico o la paulatina descomposición rural. Monsiváis inicia su trayecto desde la presencia de la pangea que implica la realidad de América Latina en el siglo XX, consecuencia histórica de la invasión y conquista de los españoles (y su formulación idiomática y religiosa común, como premisas básicas), hasta derivar en el desbaratamiento de mitos individuales (Sarmiento, Allende, el Che) o sucesos de inicial aceptación colectiva (las revoluciones mexicana y cas-

trista), el rechazo progresivo de los regímenes militaristas (Trujillo, Stroessner, Odría, Pinochet) y el posterior desglosamiento nacionalista con el pulso peculiar (la identidad nacional que dará lugar a lo peruano, lo argentino, lo boliviano, etc.) de cada país participante en ese concepto de Latinoamérica.

¿Cómo se vinculan o se desvinculan las culturas nacionales y la propia cultura iberoamericana con la gran cultura universal? ¿Dónde y en qué registro se encierra lo latinoamericano en este final del siglo XX? A estos interrogantes da respuesta el volumen. Desde el juicio de una incorporación fallida a la evolución de Occidente, hoy pretendidamente superada, se pasa a la idea de que, en conjunto, los latinoamericanos forman parte ya del proceso internacional. Son parte incuestionable del proceso internacional.

Miguel Herráez

Verdad y progreso. Escritos filosóficos 3, Richard Rorty, traducción de Ángel Faerna, Paidós, Barcelona, 2000, 400 pp.

En esta miscelánea de artículos normalmente motivados por el comentario de libros. Rorty se permite insistir, con plausible diafanidad, en sus autoridades magistrales (James, Dewey) y en sus obsesio-